Santa Teresa de Jesús, legendaria *copywriter*: primera aproximación

Daniel Rodrigo Benito Sanz

Universidad Complutense de Madrid

drbsanz@ucm.es

1.- Teresa de Ávila: pasión, mística y reinvindicación de una mente insumisa

Nacida en Ávila un ya lejano 28 de marzo de 1515, Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada —más conocida en los anales de la historia y de la literatura universal como Santa Teresa de Jesús— vino al mundo en el seno de una familia hidalga con ascendencia de conversos por vía paterna. Desde su más tierna infancia, la pequeña Teresa dio muestras de un temperamento vehemente y magnético. A los siete años, alimentada tanto por las devotas lecciones maternas como por la afición paterna a los romances y las lecturas piadosas, protagonizó su primera gran aventura junto a su hermano Rodrigo: una fuga infantil con rumbo a tierras de infieles en busca del martirio, truncada a las puertas de la ciudad por un tío atento. Lejos de amilanarse, la niña intentó erigir “ermitas” en el huerto familiar usando pequeñas piedras, preludiando ya una vocación desbordante para los moldes de su época.

De la vanidad mundana al crisol del dolor

La temprana pérdida de su madre en 1528 sumió a la joven en una madurez precoz. Atraído por la preocupación ante una adolescencia en la que la muchacha, seducida por los libros de caballerías, comenzó a coquetear y buscar el lucimiento personal, su padre la internó en el convento de las Agustinas de Gracia. Una grave e imprecisa dolencia obligó a su retorno al hogar; sin embargo, durante su convalecencia, la lectura de las *Epístolas de San Jerónimo* supuso el punto de inflexión definitivo hacia la vida consagrada.

En noviembre de 1533 ingresó en el célebre convento de la Encarnación de Ávila, profesando un año después. No obstante, los años venideros se convirtieron en un auténtico purgatorio físico. En 1539, tras un paroxismo severo derivado de tratamientos médicos tan rudimentarios como desacertados, la comunidad monástica llegó a prepararle sepultura y a celebrar sus funerales. Dada por muerta durante cuatro días, Teresa regresó en sí de manera milagrosa, aunque arrastró una penosa parálisis de casi cuatro años que ella misma atribuiría más tarde a la intercesión providencial de San José.

La conversión madura y el fuego de la reforma

Tras una década de altibajos espirituales y tibieza mundana, el año 1554 marcó su segunda y definitiva génesis. Postrada ante una imagen de Cristo llagado, experimentó una conmoción interior tan radical que reorientó por completo su existencia. A partir de entonces, rozando ya los cuarenta años, se desataron las grandes gracias místicas —oración de quietud, éxtasis, arrobamientos y visiones— que la convertirían en faro de la mística carmelitana.

En 1560 concibió su gran empresa histórica: reformar la Orden del Carmen para retornar a la prístina observancia de la regla primitiva, fundamentada en la pobreza estricta, el silencio, el ayuno y las sandalias de cáñamo frente a las comodidades mitigadas. Apoyada por figuras de la talla de San Pedro de Alcántara y San Juan de la Cruz, fundó en agosto de 1562 el convento de San José en Ávila, inaugurando un periplo fundacional de proporciones titánicas. A lomos de carromatos y a través de miles de kilómetros por los polvorientos caminos de Castilla y Andalucía, la monja andariega levantó dieciséis conventos en dos décadas, combinando su infatigable labor administrativa con una producción literaria cumbre del Siglo de Oro (*El libro de la vida*, *Camino de perfección*, *Las moradas del castillo interior*) y un epistolario colosal.

El calvario de Pastrana y la tormentosa sombra de la Princesa de Éboli

Uno de los episodios más anecdóticos y ásperos de su biografía tuvo lugar en el ducado de Pastrana. Reclamada por la altiva, caprichosa y brillantísima doña Ana de Mendoza de la Cerda —la célebre Princesa de Éboli, distinguida en la corte por su belleza y el misterioso parche que cubría su ojo—, Teresa acudió a fundar sendos conventos en 1569. Los choques con la noble alcarreña fueron constantes: la princesa pretendía imponer sus propios criterios arquitectónicos, jerárquicos y de favor personal al margen de la estricta Regla del Carmelo.

Las tensiones alcanzaron tintes teatrales tras la muerte del esposo de la princesa, don Ruy Gómez de Silva. Afectada por el dolor, la Éboli decidió ingresar en el convento pretendiendo hacerlo a su entera usanza: con séquito de sirvientas, cocineros y riquezas incompatibles con la austeridad monacal. La convivencia insostenible desembocó en la angustiosa huida nocturna de las

monjas hacia Segovia, dejando atrás todas las donaciones. A raíz de este desengaño, la princesa se convirtió en acérrima enemiga de la Santa, llegando a intrigar en la Corte y a denunciar su *Libro de la vida* ante el Tribunal de la Inquisición, un trance inquisitorial que la fundadora sorteó con entereza gracias a la ortodoxia de sus escritos y a la solidez de sus protectores.

El tránsito singular y la pervivencia de la memoria

Los últimos días de la madre Teresa estuvieron envueltos en la paradoja del tiempo. Falleció el 4 de octubre de 1582 en el monasterio de Alba de Tormes, coincidiendo precisamente con la entrada en vigor del calendario gregoriano, lo que provocó que al ser enterrada veinticuatro horas después, el calendario marcase ya el 15 de octubre.

Su cuerpo incorrupto conoció un destino terrenal tan agitado como su propia vida: exhumado en varias ocasiones, sus restos sufrieron la dispersión de reliquias por media Europa (corazón y brazo en Alba, mandíbula en Roma, una mano en Lisboa...). Curiosamente, la primera mano amputada de su cuerpo incorrupto terminó convertida trágicamente en un talismán de devoción personal custodiado por el propio Francisco Franco hasta el final de sus días.

Beatificada en 1614 y canonizada en 1622, hubo de aguardar hasta 1970 para que Pablo VI la alzase solemnemente, junto a Catalina de Siena, al rango de Doctora de la Iglesia. La figura de Teresa de Jesús permanece así en la historia como el triunfo de una voluntad de hierro, una pluma excelsa y un alma indómita que supo conciliar la más alta especulación mística con el pulso terrenal más sagaz.

2.- La lengua de Santa Teresa: antecedente de la redacción publicitaria. El "estilo ermitaño"

Cuando nos adentramos en la prosa teresiana a través del micrositio de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes y de las magistrales páginas que don Rafael Lapesa Melgar, en su *Historia de la lengua española*, dedica a la lengua del siglo XVI, descubrimos de inmediato que el genio de la abulense radicó en renunciar deliberadamente al artificio retórico y al latinismo escolástico que dominaban la teología de su tiempo. Fray Luis de León, editor y defensor de la carmelita, en su célebre prólogo a las obras de la madre Teresa, ya supo captar esta «elegancia desafeitada que deleita en extremo», señalando que, a pesar de tratar materias sublimes, su decir brillaba por una «pureza y facilidad del estilo» insuperables.

Menéndez Pidal definió con absoluta precisión este impulso bautizándolo como «estilo ermitaño»: una transposición de la sencillez radical de los anacoretas al habla escrita. Y es aquí donde brillan los paralelismos más sorprendentes con el *copywriting* contemporáneo.

La lengua de la calle: de carreteros, giros populares y espontaneidad

Lejos de la afectación cortesana o académica, Santa Teresa escribe tal y como habla, incorporando sin filtros el caudal léxico de la gente de la calle, los refranes populares, los modismos de su tierra abulense y las expresiones vivas de los carreteros y labriegos. Lapesa destaca cómo la santa maneja la lengua vulgar no como un instrumento tosco, sino dotándolo de una agilidad insólita. Su prosa no se diseña en el gabinete de un orador, sino que brota del impulso vital. Es pura oralidad plasmada sobre el papel.

Las «imperfecciones» como motor de conexión. El “gancho” de la imperfección “calculada”

Si analizamos sus textos desde la óptica del *copywriting* actual, descubrimos que Teresa utiliza recursos que hoy buscaríamos intencionadamente para “romper el patrón común” de la frialdad corporativa:

- **Falta de ortografía o de precisión gramatical ocasional:** Su pluma corre más deprisa que su pensamiento lógico; hay anacolutos, frases inconclusas y saltos sintácticos que evidencian un flujo de conciencia desbordante.
- **Falta de palabra y coherencia difusa:** A menudo se detiene a disculparse porque no encuentra el término exacto («*yo los vocablos no sabré nombrarlos*»), dejando que el lector complete el sentido a través de la sugerencia.
- **Alusiones a términos no dichos:** Da por sentado universos enteros de complicidad con su receptor, apelando a vivencias compartidas sin necesidad de explicarlas pormenorizadamente.

Esta supuesta "desprolijidad" técnica no es un defecto, sino su mayor virtud persuasiva. La ausencia de corsés académicos dota a su escritura de una honestidad visceral que desarma al lector y genera una intimidad inmediata.

¿Por qué tuvo éxito? Conectar con las almas (y con las monjas), no con los teólogos

Su prosa tuvo tanto éxito porque su capacidad de conexión emocional era imbatible, pero esta conexión operaba en coordenadas muy específicas. Teresa escribe de mujer a mujer, de alma a alma: *"que mejor se entienden el lenguaje unas mujeres de otras, y con el amor que me tienen les haría más al caso lo que yo les dijere"* (Prólogo de *Las Moradas*).

En tanto que los teólogos profesionales y los censores inquisitoriales buscaban la precisión escolástica, las silogísticas cerradas y la traba conceptual latina —viendo a menudo con recelo sus audacias místicas—, el auditorio real de Teresa (sus monjas, sus confesores afines, el pueblo sencillo) experimentaba un impacto directo. Ella no pretendía convencer el intelecto mediante demostraciones silogísticas, sino conmover la voluntad y transformar el corazón.

La metáfora, el símil y el símbolo: «Dibujar» en la mente del receptor

Para trasladar conceptos inefables (la experiencia de la unión mística con la divinidad), la carmelita recurre sistemáticamente a un recurso puramente publicitario: la imagen visual y tangible.

- No teoriza sobre el alma de forma abstracta; la convierte en un castillo de cristal de siete moradas (*Las Moradas*).
- No explica la oración mediante tratados áridos; la compara con las labores cotidianas de regar un huerto mediante norias, cubos o la lluvia directa del cielo (*Libro de la vida*).
- Utiliza el símil del gusano de seda que muere para transformarse en mariposa para ilustrar la muerte al mundo y el renacimiento espiritual.

Con este arsenal metafórico, Teresa logra el objetivo supremo del buen *copywriter*: pintar cuadros mentales vívidos en la mente del receptor. Convierte lo invisible en visible y lo abstracto en cotidiano, haciendo que el lector no solo entienda la doctrina, sino que la *vea* y la *sienta* operando dentro de sí, ya que está operando un mecanismo interoceptivo, como en la redacción publicitaria avanzada.

Fuentes consultadas

Lapesa Melgar, Rafael (1981). *Historia de la lengua española*. Madrid: Gredos.

Serés, Guillermo. "Biografía de Santa Teresa de Jesús". Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: https://www.cervantesvirtual.com/portales/santa_teresa_de_jesus/autora_biografia/ [Última fecha de consulta: 24/10/2026].